CONTRA LO EFÍMERO

Silvia Isabel Gámez

A la luz de la luna, uno ve mucho menos de lo que cree ver. Lo advirtió Dashiell Hammett en sus consejos sobre cómo escribir una novela policíaca, pero es bueno recordarlo ahora: al observar el vasto mapa cultural de Iberoamérica, siempre algún hecho escapa a la vista, oculto incluso bajo la luz. Por eso es necesario acotar el espacio de reflexión, enfocarlo al quehacer periodístico que tiene como materia prima, día más día, la cultura.

Para Marguerite Duras, «el periodismo sólo puede ser literatura cuando es apasionado». Y esto significa escuchar con todo el cuerpo, conocer las razones profundas del autor para escribir un libro o la primera imagen de la que nació un proyecto teatral. Equivale también a ir contra lo efímero, negar la propia raíz del periodismo. Hay que creer en la permanencia, en que cada detalle del hoy permitirá entender mejor el mañana; es parte de la responsabilidad de la cultura: dar claves para comprender el presente y las grandes incógnitas de la vida, desde cómo nace el amor hasta cuál es el origen del mal o la llama primera del arte. Cuando se publica la biografía de un escritor, por ejemplo, las entrevistas que ha dado a lo largo de los años permiten descubrir cómo ha evolucionado su pensamiento e incluso fijar rasgos de su personalidad. Es el caso de *Tras las claves de Melquíades*, la historia de *Cien años de soledad* que escribió Eligio García Márquez, donde previene sobre la condición de fabulador de su hermano Gabriel, el Nobel colombiano, basándose en las contradictorias versiones que ha proporcionado sobre los orígenes de la novela y sus doce meses de gestación.

El mayor logro de la cultura en Hispanoamérica es permanecer, hacerse necesaria, lo cual no es poco en un mundo donde la globalización y el Internet vuelven inmediatos los desastres y tragedias que suceden en cualquier punto del planeta. Corresponde a todos, periodistas, empresarios, intelectuales, artistas y lectores, salvaguardar ese espacio.

Ante la avalancha de malas noticias, la cultura suele ser considerada un material secundario, pues su contenido no afecta en lo inmediato a las personas, no las alerta sobre la necesidad de ahorrar o los peligros de adentrarse en ciertas calles; es con el tiempo que eso que se leyó adquiere sentido, al sedimentarse en el alma y alimentarla de distintas maneras.

Es cierto que para los políticos, la cultura continúa siendo un elemento accesorio del que echan mano para adquirir una pátina intelectual, cierto aroma a cosmopolitismo cuyas propias acciones no tardan mucho en disipar, pero también es un hecho que, en España, Argentina o México, un periódico sin sección cultural resulta incompleto; carece de un espacio para el pensamiento y la belleza, un espacio abierto a la verdad, al entretenimiento y, ¿por qué no?, a la diversión. Sin que todo esto signifique renunciar a descubrir los malos manejos de los funcionarios de la cultura, evidenciar lo errático de sus decisiones o iluminar las perversiones, los vicios, las injusticias que existen en el mundo del arte. Aquí también el periodismo de investigación ocupa un lugar importante.

Pero, a pesar de todo esto, corren tiempos confusos para la cultura: a la vez que se caen los presupuestos públicos, se abren nuevos museos, y mientras las secciones de los diarios se adelgazan por falta de anunciantes, los patrocinadores hacen posible la realización de exposiciones y festivales.

Milan Kundera lo dejó asentado en su novela *La lentitud*: «El grado de velocidad es directamente proporcional a la intensidad del olvido». La lucha de la cultura es también por la memoria. Y por mantener una identidad en medio de la diversidad. Y no sólo eso, tampoco debe perder el centro, la noticia que sus lectores confían en encontrar; el editor debe hallar en el abanico de información que se le presenta a diario ese mínimo común denominador que no es posible dejar de publicar.

En México existe una intensa actividad cultural; sólo en la capital se abren de una a dos exposiciones de arte cada día y hay igual número o más de conferencias y presentaciones de libros, a lo que se suman los anuncios de conciertos, festivales y congresos. Dentro de esa oferta, hay que orientarse y hacer una selección que por fuerza será arbitraria. A los grandes creadores su trayectoria les garantiza la cobertura, pero lo demás dependerá del criterio del editor, que puede guiarse por valores como la calidad, la originalidad del planteamiento o la temática, e incluso la juventud cuando se trata de dar un voto de confianza a los nuevos artistas que llegan pisando fuerte. Pasa algo parecido con el gran número de noticias que se reciben provenientes de otros países; las agencias permiten conocer en cuestión de horas lo que sucede en el mundo y trascender lo local, pero debido a que muchas veces se generan en tiempo real, los cables tienen en ocasiones imprecisiones o datos equivocados, lo que hace que sea necesario insistir en el rigor que requiere este oficio.

Desde México, se atiende más a lo que ocurre en la literatura y el arte de España y Europa que en los de Latinoamérica o Estados Unidos, porque destilan una mayor fuerza y se sienten más próximos a nuestra cultura.

El lingüista Sebastián Serrano lo plantea así: «La seducción es una estrategia. Quien seduce sobrevive». Si alguien tiene dudas, basta observar a los políticos y los publicistas. Sin que el periodista sea una cosa ni la otra, sí está obligado a seducir, y también a aprovechar la condición única del papel impreso, esa aura de respetabilidad que no han logrado derrotar aún los medios audiovisuales y digitales. Ya lo dijo el escritor mexicano Manuel Echeverría: en el futuro la cultura deberá ser perturbadora para poder mantener su presencia en una sociedad cada vez más marcada por el poder económico. ¿Sus retos? Generar interés, olvidar que fue hecha para paladares exquisitos y darse un baño de pueblo en el lenguaje y en la temática. Cuantos más lectores se detengan en sus páginas, mayor sentido tendrá. Convencerse también de que nada es seguro, de que cada día está todo por hacer; así como los lenguajes artísticos se renuevan, también el periodismo debe hallar otras formas de narrar, nuevos formatos al presentar la información que atraigan a un mayor número de público; debe además hacer un esfuerzo por descubrir qué espera ver el lector, qué necesita, e irse más al detalle a la hora de explicar el todo. La humildad frente a los otros que hacen posible este oficio y la agresividad en la forma también son necesarias, porque ante el caudal de información que se ofrece al lector por múltiples vías, lograr llamar su atención y retenerlo es quizá el mayor de los retos.

La cultura necesita renacer como el ave fénix de la mediocridad y el hastío; ante la amplísima oferta de actividades que se les presentan, tanto el editor como el periodista deben usar el olfato y hacer a un lado los prejuicios, a fin de descubrir la obra o propuesta que marcarán la diferencia. Es fácil confundirse entre tanto ruido, por eso la necesidad de mantener la pasión y el sentido de alerta. En su libro *Lapidarium IV*, al reflexionar sobre la libertad del creador, Ryszard Kapuscinski plantea una serie de objetivos adjudicables al periodismo: ser libre de los demonios, ser libre de la impotencia, ser libre de la miseria. Hace falta visualizar también, dice el periodista polaco, que sin la opinión y el pensamiento de los otros este oficio deja de existir.

«Todo el lado humanista de nuestra escritura de reporteros —afirma en "El mundo de hoy"— radica en el esfuerzo de transmitir una imagen del mundo auténtica, verdadera, y no una colección de estereotipos. Es una de las misiones que tiene encomendada la literatura. Y el arte. Toda manifestación de la cultura».

Una vez que se logra todo esto, sólo queda sumar la actitud que Kapuscinski aconseja tomar al internarse en territorios desconocidos y peligrosos: sonreír, la mejor llave para abrir cualquier puerta. ■

Silvia Isabel Gámez es editora de la sección de Cultura del periódico mexicano *Reforma*.